

VÍCTOR COYOTE

CRUCE DE PERRAS

Y OTROS RELATOS DE LOS OCHENTA

AD[®]

© 2006 - 2025 Víctor Coyote
© 2025 Outsaider Cómics por la presente edición

Outsider Cómics
www.outsidercomics.com
Apartado de Correos 155 - 07510 Sineu - Islas Baleares

Fotografía de portada de Miguel Trillo, intervenida por Víctor Coyote
Diseño: Víctor Coyote
Maqueta: David Molina
Edición de textos: Antonio J. Luna
Corrección: Eduardo Bravo
Con la colaboración de: Alejandro Barquero

ISBN: 978-84-129682-7-9
DL: PM 00793-2025



Víctor Aparicio Abundancia es uno de los artistas más polifacéticos, prolíficos e inclasificables del panorama español del último medio siglo, y así le va. Además de ser fundador de Los Coyotes, mítico grupo de los 80 que supo mezclar como nadie el rock anglosajón con los ritmos latinos, a lo largo de su larga carrera ha compaginado la música con otras muchas disciplinas, y así le va. Entre ellas, la ilustración de prensa, los cómics en cabeceras míticas como *Madriz* y *M21* —algunas de cuyas historias fueron recopiladas en el libro *Entresijos* (Autsaider Cómics, 2023)—, los libros infantiles, la realización de documentales —entre los que se encuentran *Traballadores de contrabando* (2007) y *Só concertinas* (2007)—, la dirección de videoclips para grupos como Los Rodríguez, la presentación de programas radiofónicos, la creación *Ruido Bajito* —espectáculo a medio camino entre el unipersonal, el microteatro musical y el Lo-Fi— o el diseño gráfico para casas de discos, productoras cinematográficas y series de televisión, entre las que se encuentran la aclamada *Poquita Fe*. Su infinita curiosidad le ha llevado incluso a crear espectáculos que mezclan la antropología y la música —destacando por encima de todos aquel que confirma la relación entre el ukelele hawaiano y el cavaquinho portugués— o a escribir libros como el incomparable *Cruce de perras* (Autsaider Cómics, 2025), y así le va. De bien, claro.



POCH NUNCA SE EQUIVOCÓ

La primera vez ocurrió por casualidad. Poch vio el lacón, el mesón estaba hasta arriba de chavales bebiendo cañas antes de entrar en el concierto de —pongamos por caso— los Theatre of Hate, y tomó una determinación: lo agarró, se lo metió debajo de su gabardina y se fue.

Salir del bar y meterse en el Rockola, la mítica sala de conciertos de los míticos ochenta madrileños, fue fácil: apenas treinta pasos separaban el uno de la otra.

Un lacón entero en el Rockola. Los amigos y conocidos de Poch iban a saludarle, él abría su gabardina y les decía que se sirvieran. Los dedos de mods, modernos, post-punks, punkabillys y peluconas entraban en la carne rosa, al estilo de los cirujano-curanderos filipinos, arrancaban su pedazo y agradecían a Poch la invitación, sin dejar de sostener con la otra mano el combinado pedido en la barra: más de veintitrés sustancias de las cuales ninguna se llamaba alcohol etílico, mezcladas con cocacola o tónica.

Dicen las malas lenguas que, cuando ya quedaba poco del botín, o sea, que se veía más hueso que otra cosa, los hermanos Santiago y Luis Auserón seguían allí, dando tajos con lo que ellos creían sus navajas automáticas. No eran ellos muy de Theatre of Hate, aunque pudiera parecer lo contrario.

Cuatro horas después, en otro bar, el Iris, Poch arrastraba el arrasado hueso del lacón. Tres amigos y dos chicas que conocieron esa noche completaban el grupo.

—A mi amigo póngale lo que quiera —le dijo Poch al camarero, después de colocar cuidadosamente el cadáver del lacón en una silla. Señalaba los restos y, a continuación, con el mismo dedo se subía las gafas al inicio de la nariz.

—Se nota que lo ha conocido esta noche. Le traeré lo de siempre —el camarero también señalaba lo que había sido lacón.

La respuesta del camarero castizo sorprendió a Poch, que optó por refugiarse en una colección de sonidos guturales no definidos. Suerte que las risas de sus amigos ahogaron y convirtieron en griterío juvenil nocturno su falta de salida ingeniosa.

En aquel Madrid aún provinciano, más parecido al de las películas de Paco Martínez Soria que al de hoy, mestizo y cosmopolita, el camarero madrileño era toda una institución: castizo, rápido, hábil, chulo, educado y barriobajero, tenía además trucos que pasaban de generación en generación para simpatizar con el cliente.

A partir de esa noche Poch convivió con el lacón en su habitación setenta y ocho días. Es posible que hubiera algo de empatía entre ellos, porque ninguna chica pisó aquella habitación mientras el hueso permaneció allí. Poch se dormía mirándolo ensimismado. Al cabo de los setenta y ocho días, alguien del piso, harto ya de aquel despojo, lo tiró a la basura.

Esta bien podría haber sido la primera experiencia animal empática —se podría llamar así— de Poch.

Poch iba con su guitarra al hospital. Hace de esto algunos años. Poch aún vivía en San Sebastián. Se recorría el pasillo con gesto aún tímido. Llegaba a la habitación, sacaba la guitarra de su funda y cantaba ante su hermano. Poco a poco iba animándose y subiendo el volumen.

Su hermano estaba atado a la cama, sufriendo el proceso, ya avanzado, de una extraña enfermedad degenerativa conocida como Corea de Huntington, que le fue privando de la coordinación entre cabeza y miembros motrices. Resultado, lo que ahora Poch veía: un hombre con la cabeza en actividad desordenada y el resto del cuerpo, no paralizado, sino en estado de descontrol absoluto.

Poch le visitaba y le cantaba las canciones que iba componiendo, sus delirios punk sobre ideas fijas que se le quedaban pegadas a la retina o a la mente. Su hermano las oía, tenía opinión sobre ellas, pero no decía nada. Por incapacidad, no por educación.

Poch pensaba al marcharse, justo en el momento de cerrar la cremallera de la funda de cuadros de la guitarra española, que a su hermano igual le importaban una mierda sus canciones. «Puede que le hiciera más feliz ver los cuadros impresionistas que no pinto. Pero como no los pinto, no se los puedo enseñar».

Al salir del hospital, justo al ver una señal de prohibido tocar el claxon, continuación lógica del cartel del interior en el que se veía a una enfermera pidiendo silencio con un dedo ante los labios, inevitablemente pensaba que él llevaría en los genes la enfermedad de su hermano. E inevitablemente pensaba en dónde coño iba a poder localizar a Joseba, el que le pasaba los tripis.

Todos teníamos razones para desparramar en aquella época: que si éramos jóvenes, que si había llegado la democracia, que si hay que beber para estar más suelto con las chicas, que si hay que meterse de todo para experimentar.

Poch tenía otra más. Cada vez que iba a visitar a su hermano, se visitaba a sí mismo dentro de unos años.

De la época post-punk, hablamos del año 1982, más o menos, Derribos Arias eran de los grupos punteros. La banda de Poch tenía una no reconocida actitud *arty*. Y por no reconocida, más *arty* aún. Había grupos más siniestros, más ruidosos, más babosos, más hábiles con sus instrumentos. Pero ninguno tan *arty* como Derribos Arias. Y los grupos *arty* o son un camelo o son muy buenos. Y si son un camelo son mejores aún. Y Derribos Arias eran de los *mejores aún*.

Poch hablaba al público en público, igual que a su hermano en privado, de una serie de ideas fijas a las que dotaba de un contenido sublime solo por la forma de arrojarlas cantando. Y el sonido que conseguía el grupo era mínimo, inquietante, con ese punto que se consigue cuando los músicos se esfuerzan en imitar a la máquina —una prehistórica caja de ritmos—, y esta, por sensibilidad robótica, se esfuerza en imitar a los humanos. Cuando esto pasa, cuando todas esas actitudes se juntan en una atmósfera cualquiera, todo adquiere un tono dramático en su delirio de juguete.

¡... si eran *arty* que la presentación de su primer LP la hicieron en la galería Vijande!

La segunda vez fue en un hotel del país vasco. Sí, ahí.

—Los jureles te miran. Aunque estén muertos. Aunque no tengan ya cabeza. Te miran igual.

Poch se acercaba un jurel a la cara. Tanto, que chocaba con sus gafas y estas se le descolocaban. Se las volvía a colocar.

Verdaderamente observaba al pez. No se cansaba.

Hay gente muy insistente y concentrada. Pueden pasarse horas observando. Y sacan partido de ello. No se trata de una observación superficial. Bueno, también lo es, pero en cuanto se saben el número de escamas o de pelos o de poros de una piel pasan al interior. Se meten dentro. Al cabo de muchas horas, días o meses comprenden el mecanismo. Todos sus resortes, por dentro. No sé cómo lo hacen.

¿Cuánto vive un jurel? ¡Ah! No lo sé. No creo que haya mucha gente que lo sepa. Eso da igual. Para su existencia no es importante si la gente sabe o no lo que dura. Él vive tranquilo. Y no se sabe si él mismo lo sabe o no.

Cuando Diego entró en la habitación del hotel, interrumpiendo el estado de concentración de Poch, no vio nada. El desorden normal de Poch. Nada. Ya lo había visto en su casa. Nada, quiero decir nada anormal.

—Date la vuelta. Tengo sorpresas.

Diego se fue al minibar. A veces no le prestaba atención. A veces Poch era algo excesivo.

La cerveza estaba fría y buena.

—Joder, ¡qué buena está la cerveza! ¡... y qué fría!

Al darse la vuelta se encontró frente a la puerta. Por no sé qué extraña percepción visual —falta de enfoque o algo así—, le pareció, durante unos segundos, que la puerta, el interior de la puerta, tenía una calidad extraña, como raíz de árbol tropical. Pero muy tropical. Un simple engaño del cerebro. No se había comido un hongo ni nada parecido.

—¡Hostias!

—Nadan en formación. Pero al revés —Poch hablaba, otra vez desde sus observaciones.

Un montón de jureles pinchados con alfileres a la compacta puerta de la habitación 608.

—Por lo menos hay cuarenta y tres. Como el licor.

Todos pinchados boca abajo a la puerta. Bañados en aceite. Chorreando. El aceite caído en la moqueta había empapado incluso una pequeña parte del pasillo. Diego no se dio cuenta de ello al entrar, pero su zapato izquierdo había pisado aquella grasa vegetal, como se dice ahora. Y al entrar en la habitación, las pisadas... bueno, ya se sabe. Desde que cogió la cerveza fue incapaz de reaccionar. Hasta ahora:

—Yo me voy a tomar otra —se refería a cerveza—. Estás dejando la habitación hecha un cristo.

—Y tú me estás ayudando —Poch señaló hacia sus pies.

—¡Coño!

—Nadan en formación. Se les han colado unas cuantas anchoas —era verdad, también estaba el contenido de una lata de anchoas, entre los jureles—. Viven veintiún años. Los jureles viven veintiún años. No mucha gente lo sabe.

—Te van a largar de aquí a patadas.

—Se encuentran y van a desovar.

Dicho esto, los dos amigos salieron de la habitación.

A las cuatro y media de la mañana volvió Poch. Los jureles estaban secos. Los de la parte superior de la puerta. Los otros aún rezumaban aceite. Del suyo y del que les caía de los de arriba. En la moqueta la mancha se había extendido y, fuera, amenazaba con cruzar el pasillo y llegar a la habitación de enfrente.

Todo el mundo sabe lo que es perder aceite. Pues así.

Poch les dedicó todo tipo de atenciones a los jureles. Cada uno tuvo su ratito con él. Los distinguía. Pensó:

—Si os pusiera nombre tú serías Jeremías. Y los demás no sé —Pero pasó de ponerles nombres por ahora.

Se quedó mucho tiempo mirándoles, observándolos. ¿Cuántos años tendrían estos ahora? Parecían de la misma edad. Podrían tener diez u once. Le parecieron unos cálculos razonables.

Viven veintiún años. Relacionó once y veintiuno. Poco menos de la mitad de su vida. ¿Qué edad tenía él ahora? Veintinueve. Como sabemos ya, al observar acababa identificándose y eso le hacía comprender el mecanismo. Y vivirlo. Y sin saber muy bien por qué se asustó. Como cuando uno, en un estado de hiperpercepción o de percepción en tiempo ralentizado —normalmente bajo el efecto de algún alucinógeno— siente que se mete en una vía sin cartelito de dirección y se va y se va, y siente que va perdiendo los mandos. Ahí le entra a uno el cague.

Y es que se vio dirigiéndose entre miles y miles de jureles hacia el norte, pero no hacia el norte de Euskadi, sino hacia el norte absoluto, más allá del polo. En un viaje post-fecundación. Como una masa compacta, que va cambiando todo el rato de brillos plateados. Ahora te toca brillar a ti, ahora me toca brillar a mí. Y cuando tu cuerpo es tocado por la luz y brilla, una sacudida eléctrica te altera. Y no sabes si es placentera o dolorosa.

Para colmo Poch no había fecundado nada. Estaba en un viaje de jureles post-fecundación pero él no había cumplido su misión. Pensó:

—Con la carga que llevo en los genes, mejor así.

Pero siguió agobiado. Ahora le entró claustrofobia. Y empezó a respirar más rápido, le pareció que se ahogaba. Aunque solo era una sensación porque en realidad se durmió.

Toc, toc.

Los golpes en la puerta le despertaron. La señora de la limpieza con el conserje del hotel. Entraron en la habitación, mirando al suelo aceitado —la mancha del pasillo había disparado la alarma en las chicas de la limpieza— y cuando vieron el interior de la puerta chillaron.

Poch hubiera salido del hotel con una patada marcada en el trasero, pero en realidad lo hizo con la pequeña herencia

que le había dejado una tía suya al morir, como se suele decir, dilapidada.

En pagar los desperfectos.

Alguien compra una pinza. No importa quién sea. Y tampoco compra una pinza, sino un paquete. Vienen veinte, treinta, cincuenta. Vuelve a su casa. La pinza nueva prende la primera pieza de ropa. Y así sucesivamente. Hablamos de una pinza de madera. Se usa, se vuelve a su cestita, o a su contenedor, el que sea. Coladas y más coladas. Una pinza dura más o menos dos años y seis meses. Nunca seis o siete años, aunque hay gente muy cuidadosa. ¿Pongamos una media de tres años? Vale. Entonces se cae al patio. Y allí, abandonada, a la intemperie las veinticuatro horas, se pudre. Esto vale también para las de plástico, que se quedan descoloridas. Y cuando alguien hace limpieza en el patio —pongamos cada dos años—, a la basura. Muerte.

Puede pasar de principio a fin del proceso, y siempre en estadísticas y promedios, unos cuatro años.

Vale. Cuatro años.

Poch cogió las patatas en el bar con una pinza. Y se bebió su caña. La caña, normal, pero las patatas las cogió con pinza. Se las acabó y, como no había nadie de sus amigos en el bar, se fue. Recogió su carpeta de cartón, llena de pinzas ensartadas en las gomas y se fue. También llevaba pinzas en las solapas de su viejo abrigo de *cuerete*. Digo *cuerete* por no decir *polipiel*.

Al cabo de cuarenta y siete minutos de reloj, tres jóvenes con pinta de modernos pero no tanto, o sea tirando a mods, ocuparon el mismo lugar de la barra que dejó vacío Poch.

—Ha venido vuestro amigo. Ahí mismo se ha puesto.

—¿Cuál?

—El que se toma las patatas con una pinza.

—¡Ah... Poch!

—¿Cómo?

Óscar, Luis y Pepo no coincidieron ese día con Poch. En parte era un alivio. Era día de cierre y cuando había cierre en el *Boogie*, una revista de música moderna, Poch era un estorbo. Cualquiera ajeno al cierre de la revista lo era, pero Poch más que cualquiera. Y lo llenaba todo de pinzas. Y era día de cierre, no de colada. Que para colada, ya les habían colado el otro día los de Hispavox el último disco de *nomeacuerdo*. Un anuncio que desprestigia al *Boogie*. Y en esa revista de música moderna, alguien tuvo que hacer un artículo del tal *nomeacuerdo*, a cambio de la página de publicidad. No voy a dar nombres. No tratándose de un asunto tan sucio.

Poch bajó por la calle Fuencarral, llena de ferreterías y vacía de tiendas de moda *shocking*, que es lo que hay ahora. Luego subió por la calle Colón y se paró en el escaparate de Plaka, una tienda de dibujo técnico, a observar el agarre-pinza de un flexo de arquitecto. Era una variación un tanto sofisticada. «En aquella época aún vendíamos bien mesas de dibujo técnico y sus derivados. Aquella lámpara, por ejemplo», dice hoy el mismo señor delgado y sereno de la tienda. Poch pensó que aquel mecanismo era una mierda. Nada comparado con la pinza tradicional. Después se fijó en los portaminas gruesos. No hay que olvidar el origen *arty* de Derribos y Poch. «Me gustaría tener uno, pero ya he dilapidado la herencia de mi tía. A joderse».

A las cuatro y veintisiete de la tarde, Poch ya estaba un poco ciego. Se había tomado tres cañas con el técnico de sonido del Ya'sta —se habían encontrado en la calle Valverde— y dos más en el bar Cuchifrito. Después, para cambiar de aires había bajado hasta la zona de Ópera. Ahora estaba en un bar, cerca del Templo del Gato, un garito que habían abierto el año pasado. Pidió dos cañas más y el jefe se mosqueó. Solo por

pedir dos cañas en lugar de una. El propietario gallego de ese bar gallego era así. De los gallegos sin sentido del humor. Esos son muy malos. Es lo peor, un gallego serio.

Pero Poch no se lo tuvo en cuenta, como diría un gallego.

Poch pidió doble ración para olvidar. Solo por eso. Sencillo.

La historia de este olvido o de esta voluntad de olvido era fácil; si uno está un poco iniciado en el tema. En el tema Poch.

Poch tenía una novia. Lily. Una chica de sonrisa pícara, ojos vivos y pelo liso. Trabajaba de camarera en un bar de moda. No me acuerdo cuál. Se conocieron y se pusieron de acuerdo en el *desparrame-arty-irritante* y el buen humor sincero. Y Poch, poco dado a espejismos, se dejó llevar por él. Él lo consideraba eso, un espejismo, hasta que asimiló esa felicidad y la costumbre hizo bajar la intensidad de ciertas percepciones. Como le pasa a todo el mundo en esos casos.

Pero llegó un día en el día a día. Poch sintió primero, de repente, un sabor metálico en la boca. Eso no se lo esperaba y lo confundió. Se sentó en el sillón del piso que compartía con Lily e intentó tranquilizarse, pero no fue eso lo que pasó. Al contrario. A él le pareció que su cuerpo se disparaba contra la colección de discos que había en el suelo y contra la cesta de la ropa del baño. Pero no estaba sucediendo eso, simplemente se sacudía en el sillón y temblaba. Después le pareció eso exactamente, lo de las sacudidas y los temblores. Luego se agudizó. Se agarraba al sillón y las manos se le soltaban. Por un instante quería detener el terremoto interno y conseguía aferrarse al sillón. A zarpazos que duraban décimas de segundo. Unos siete minutos y se calmó. Su

cuerpo. Su cabeza, tras un breve momento de descanso para absorber el agotamiento, se disparó entre agobios y raciocinios.

Ese día iba a llegar, los dos lo sabían, y habían planeado algo. Eran solo unas líneas de acción, pero los dos parecían de acuerdo.

La cabeza de Poch llegó al punto pinza. El punto pinza quería decir vida de pinza, tiempo de vida de pinza: tres años útil, caída al patio y luego muerte. Toda una vida por delante, pero de pinza. Cuatro años, calculó. El promedio de antes.

Y se mimetizó en pinza. No le quedaban más huevos. Y lo podía aceptar. Llegó a la conclusión, sin mucho pensar —Poch era un tipo inteligente— de que su novia no tenía por qué tener vida pinza. Como él. Lo habían hablado y todo lo que quieras, pero ella no merecía vida pinza. Déjate.

Poch no le dijo nada.

Y entonces con la disculpa de la puta pinza empezó a hacerse insoportable. Con ella. Y además se buscó una buena coartada para hacer creíbles las broncas: el amigo gilipollas. Era fácil en aquella época, habiendo sido una estrella de la *Movida*. Los gilipollas se enteran tarde de las cosas y acuden a la miel cuando ya no es miel, sino ya pinza. Ese gilipollas llegó. Se llamaba Arturo. Y hacía todo lo que había previsto: le decía que era una estrella, que había que ver lo que él había representado para el pop español —lo decía con esas palabras—, que en todas partes le volverían a poner alfombras rojas —como si alguna vez lo hubieran hecho— y toda suerte de memeces dirigidas, según él pensaba, a hacerse millonario.

Y Lily no lo tragaba. Y Poch se lo restregaba por delante de la cara. Literalmente.

Un gilipollas restregado por delante de la cara de tu novia. Y que tenga que aguantarlo. Es fuerte.

La pareja tuvo muchas peleas a partir de ahí. Poch, un tío listo, defendiendo al indefendible. Ella no lo entendía. Poch sí. Desde aquel día en que le dio el primer ataque fuerte. Tan fuerte que él consideró que había que pasar a otra fase. Que incluía la bienvenida al gilipollas.

Las cañas no le hacían olvidar tan fácilmente las cosas. Ya se ve. Poch volvió al bar al sonido de la voz del gallego sin humor:

—Servir dos cañas, pase, pero que coja las aceitunas con una pinza, por ahí no paso. Con la comida no se juega.

Poch cogió otra aceituna con la pinza. Y lo raro era que no se le caían. De la pinza a la boca. Las aceitunas no salían despedidas, como alguien pudiera creer.

—Que le he dicho que no coja las aceitunas con la pinza. *Págeme* —sí, dijo «págeme», lo juro— y váyase.

Poch solo recordaba otra escena parecida en un bar a lo largo de su vida. Cuando en otro bar, claro, la dueña le decía a un cliente negro, guineano, bien vestido:

—¡Ya le he dicho que no haga eso! ¡No venga aquí a chasquear los dientes! ¡Por Dios, qué sonido tan desagradable!

Poch se largó, increpado por el brasas que se encolerizaba más y más a medida que iba aumentando el volumen de su risa.

—¡Recoja sus pinzas y váyase!

Poch se fue calle abajo pensando en que la diversión se acababa. El gilipollas pronto daría con él por las calles de Madrid.

Había cosas peores que una enfermedad en esta vida.

Tres días más tarde Poch se volvió a sentir mal. El mismo sabor metálico en la boca, pero esta vez acompañado de caída al suelo. En casa de su amigo, por llamar a aquel gilipollas de la manera que él había elegido. Porque a Lily ya la había

abandonado cuando se mimetizó definitivamente en pinza. El golpe contra el suelo fue como de pinza que se cae desde el piso octavo de un bloque de doce al suelo de cemento del patio, donde solo hay pinzas y algún paño tieso y podrido que el guarro del portero se niega a recoger.

Cuando se despertó, quince minutos más tarde, Poch supo que la pinza se había caído al patio, que su putrefacción sobre el cemento era inevitable y que, a partir de ahí, pues... dos años. Los cálculos sabidos.

Un año y tres meses más tarde, la ambulancia devolvía a Poch a casa de su hermana en el centro de San Sebastián, después de haber pasado tres días internado en un hospital cercano. Las pruebas que le habían hecho no revelaban nada que no entrara dentro de lo previsible. Y lo devolvían a casa de su hermana. Por ahora estaría mejor allí.

Era verano y un mosquito se posó en la sábana de la camilla a la que iba atado. En un momento de distracción de los enfermeros, justo al llamar el ascensor y mientras ellos hablaban:

—Pues sí que es mala suerte.

—Yo no sé con quién anda esa, pero se busca cada lío...

Poch, con un movimiento lejos de los parámetros de la lógica, y que no podría describir —ni siquiera dibujar un esquema—, liberó su brazo derecho de las correas y atrapó al mosquito, en el momento en que el bicho levantó el vuelo, al darse cuenta de que Poch iba a por él. Lo atrapó, se lo llevó a la boca y se lo tragó.

Cuando los enfermeros volvieron la vista hacia el enfermo para meterlo con camilla de ruedas en el ascensor, Poch, inexplicablemente, había vuelto a la postura clásica del enfermo dócil.

—¿Y tu madre no dice nada?

—Mi madre es tonta. Se cree todo lo que se le dice.

Poch, no casualmente, miraba hacia el panel de números de planta que se van iluminando mientras el ascensor baja. Digo «no casualmente», porque siempre lo hacía. Desde que tuvo siete años nunca pudo estar en un ascensor sin estar hipnóticamente atrapado por los números de luz. Ni siquiera cuando se encerró en el ascensor del Cutre Inglés, un bar muy de moda hacía seis años, para quedarse *sobado* con Casilda. Fin de trayecto. Poch sonrió. Y nadie sabe muy bien porqué.

Durante el viaje en ambulancia a casa, el mosquito que Poch se había tragado entero, que había bajado zumbando por el esófago y llegado al estómago seguía revoloteando allí dentro, por mero instinto de supervivencia, puesto que cuando se posase sus patas sobre las paredes del estómago, los ácidos gástricos empezarían a corroer su cuerpo y su muerte sería instantánea.

Poch lo sentía dentro y empezó a concentrarse en él. Era fácil. En ese momento formaba parte de él. De su sistema. Se sentía como alguien a quien han implantado un ventilador en el estómago para que le aliviase los ardores. Una prótesis de las muchas que existen y que la gente asume como suyas. Pero Poch también lo veía. No me pregunten cómo, pero lo veía. Poch tenía ojos allí. Sería vidente de estómago. ¿No hay ventrílocuos acaso?

Consiguió, al cabo de media hora, pasar de la fase pinza en que aún estaba, a la fase Poch/mosquito, que era la que le interesaba. Un día de vida de mosquito.

Su hermana lo recibió con una sonrisa del norte. La que tenía de siempre.

Hizo pasar a los enfermeros a la habitación y estos acostaron a Poch en la cama. Lo ataron. Se fueron.

—Cuando le dé otra crisis ya volveremos. Por ahora está bastante bien.

Poch oyó «bastante bien» y sintió el mosquito zumbando en su estómago. Lógico porque era ya parte de él. Y sintió que había acertado. Su fase mosquito ya había sido asumida. De hecho ya era un mosquito. Su mente siempre fue poderosa, pero ahora era megapoderosa. Bueno, bastante poderosa.

Cuando, como cada noche, su hermana se fue al baño a lavarse la cara y a casi *sonreír del norte* ante el espejo Poch abrió la boca. El mosquito salió por ella, procedente del estómago vacío de jugos y se dirigió, como quien no ha pasado por un terrible trance, al cuarto de baño. Atravesó por la rendija superior, entre la puerta y el marco, y, al llegar al cuello de la mujer, en dos segundos, se posó y picó profundamente. Era el mismo lugar donde los peces tienen las branquias.

Veinte horas después, agotado su ciclo vital, el mosquito estiraba la pata. Y Poch con él, perfectamente sincrónico. Bueno, perfectamente mimético, lo que quiere decir... perfectamente mosquito. La fase Poch/mosquito, la más corta de las que tuvo en vida, la que duraba un día y medio, la vida entera de un mosquito, y que él había calculado perfectamente.

En definitiva, cuando fue un mosquito, Poch se murió de viejo. No murió sonriendo, no porque sus músculos no obedecieran a su mente —los mosquitos no padecen de Corea de Huntington, que se sepa—, sino porque los mosquitos no saben sonreír.